



DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

(Foto. de Anl. Quintanar)

Benjamín Vicuña Mackenna

Estudios sobre la literatura chilena del coloniaje (1541-1810)

Parte Primera: Poesía.—Memoria de don José Toribio 2.º Medina, bajo el seudónimo de Robinsón Crusoe, presentada al Certamen de la Facultad de Humanidades, y premiada por ésta, con 500 pesos, en acuerdo del 30 de Agosto de 1877.

LOS CUATRO POEMAS ÉPICOS DE CHILE.—Santiago, Octubre de 1876.

SEÑOR DECANO:

Hace tres días que puso en mis manos el bedel de la Universidad un grueso volumen con ochenta pliegos de apretado manuscrito y que lleva en su portada el siguiente título: *Estudios sobre la literatura chilena del coloniaje (1541-1810) por «Robinsón Crusoe».*

Al propio tiempo recibí una nota firmada por el señor Secretario de la Facultad de Humanidades, en la cual, a nombre del señor Decano, tiene a bien encomendarme la informe sobre si el autor de la obra citada merece o nó el premio señalado para el Certamen Universitario del año último, que versa sobre la materia tratada en el mencionado manuscrito.

Me apresuro, señor Decano, a cumplir el honroso encargo recibido; y pongo en ello una satisfacción especial, por cuanto

es una comisión de la Facultad a que tengo el honor de pertenecer y de la cual durante los últimos cinco años no he recibido más noticia de que existiese que la citación tardía que sus miembros solemos recibir para nombrar Decano cada dos años, o para designar de tarde en tarde un colega, que no asistirá nunca a la Facultad, en reemplazo de otro que ha desaparecido de la vida sin haber asistido tampoco, por su parte, sino el día de su incorporación.

Digo todo esto, señor Decano, sólo como una manifestación ingenua del interés y buena voluntad de que me hallo animado para desempeñar todas las comisiones gratuitas que la Universidad quiera hecerme el honor de confiarme.

Debo agregar, señor Decano, que, conforme el tenor de la nota arriba recordada, debía despachar el presente informe en compañía de mi honorable colega y amigo don Gregorio Víctor Amunátegui. Mas, embargado éste por un justo y profundo dolor de familia, me veo precisado a cumplir por separado mi mandato.

Descartadas estas explicaciones «del oficio» entro en materia; y desde luego me es particularmente grato anticipar, señor Decano, mi más completa aprobación y aplauso al notable trabajo literario que tengo a mi vista.

Verdad es que habría sido preciso, y me apresuro también a declararlo, que el valor de investigación, de estilo, de plan, de alcance del libro de que me ocupo fuese demasiado ínfimo para que me hubiese creído autorizado a negar una palabra de estímulo a quién en nuestro país lo hubiese emprendido. En una época de transición social, política y especialmente literaria, como la que atraviesa desde algunos años atrás nuestra patria, amortiguado el entusiasmo natural de la juventud por aquellas obras y quehaceres que sacan toda su luz y todo su estímulo de la gloria, y desencaminada su buena y generosa índole de toda ocupación o carrera que no arranque de cerca o de lejos de algún aprovechamiento de dinero, único que no sólo se busca por todos más o menos (y lo que es más peculiar y doloroso, único que se enseña a buscar), se necesitaría una rigidez más que severa para no alentar, siquiera con la indulgencia, empresas que no producen sino sinsabores y pobreza. Sabido en demasía es que en Chile los moldes de las imprentas, costosos de por sí, sólo rinden utilidad al que los emplea en papeles de comercio o devoción, o cuando más, en textos manuales, cuya venta gradual asegura la enseñanza forzosa de los niños

en los colegios públicos. Por manera que cuando se nota un movimiento de observación, de constancia, de desinterés, de amor al renombre, junto con notables y naturales dotes de estilo y de exposición, de método y a la vez de brillo, experimentase como un involuntario regocijo al aplaudir. Y ésto, lo decimos con candor, es lo que nos ha acontecido y dominado mientras hemos leído las páginas del considerable ensayo literario que me ha sido sometido bajo el seudónimo de *Robinson Crusoe*.

Ahora, entrando de lleno en el libro, la primera observación que se nos ocurre es la de que este trabajo no es sino una parte (la primera) de una obra de mucho mayor aliento y esplendor que abarcará toda la era literaria de la colonia, o sea, un período de cerca de tres siglos. Al presente, el autor se ha ocupado sólo de la poesía colonial; y ciertamente que la primera y temprana cosecha de su labor, de su criterio y de su feliz concepción literaria, no es escasa. Muy al contrario, habría de parecer que en ese camino el investigador ha agotado todo lo que podría rendirle el campo de una tarea valerosa y asidua, porque ha estudiado con profundidad todas las entonaciones del estro colonial, desde el poema épico hasta la décima popular del payador y del improvisador de pie forzado, desde *La Araucana* de Ercilla hasta el famoso canto anónimo de los *Nueve mineros de Petorca*. De suerte que puede presagiarse, en vista de la mies hasta aquí acopiada en la troje, que si el autor completa su plan, tendremos la obra más cabal y más interesante sobre la vitalidad del pensamiento humano en una larga época, sumida al parecer en una inopia completa, y sólo alterada de tarde en tarde por futilidades inverosímiles, como la del libro que, sobre los vestidos de cola, usados por las damas de Santiago a mediados del siglo último, escribió el deán de la Catedral de Santiago, Tula-Bazán.

Mas, concretándonos puramente al dominio de la poesía chilena, ¿cómo ha cumplido el autor de que nos ocupamos su harto difícil y aún atrevida tentativa? A nuestro juicio, señor Decano, con un raro acierto y un impulso feliz y sostenido, que promete a nuestra literatura un cooperador de no escaso merecimiento para lo venidero.

Desde luego, nos presenta en un vasto cuadro y con un acopio elegido y numeroso de citas, los cuatro grandes poemas de la colonia, a que por fortuna dió pauta y pábulo la famosa y nunca acabada guerra de Arauco, campo y camino por donde

nuestra patria fué y ha sido hasta hace poco, mucho más conocida en el extranjero, que por las excelencias superiores y de otro género con que la Providencia dotara nuestro suelo y nuestro clima.

Esos cuatro poemas, que recuerdan los de los cuatro grandes bardos clásicos de Italia, cuyos editores se complacen todavía en reunir como una sola gloria nacional en un solo volumen, el Dante (1321), Petrarca (1341), Ariosto (1516) y Tasso (1575), contemporáneo el último hasta en el año de su muerte (1594) con el más grande de los poetas españoles que hayan pisado el suelo del Nuevo Mundo, esos cuatro poemas, decíamos, son los siguientes:

- I. *La Araucana*, de Alonso de Ercilla.
- II. *El Arauco domado*, de Pedro de Oña.
- III. *El Purén indómito*, de Alvarez de Toledo.
- IV. *El Poema inédito* de don Juan de Mendoza.

Habría una cuestión previa que dirimir, señor Decano, antes de dar carta de naturaleza a todos los poemas que acabamos de apuntar, y que atañe al título mismo de la obra que nos ocupa. *Estudios sobre la literatura chilena del coloniaje*,— porque, ¿podría sostenerse que *La Araucana* de aquel caballero vizcaíno, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, paje de Felipe II en Londres, camarero del emperador Rodolfo en Viena, es una obra de *literatura chilena*? Y si tal fuera o como tal se tuviera, siquiera convencionalmente en el comercio de las letras, ¿habrían podido reclamarla con justo título y natural orgullo los españoles, al punto de traerla incorporada entre sus más famosos argumentos épicos? Y caso de tener valimiento su título nacional por haber sido escrita una buena parte de él en nuestro territorio en «sobres de carta y cortezas de árboles» (que para licencia de poeta no es poca licencia), ¿no tendrían tanto o mejor derecho para reclamarla como suya los araucanos, es decir, aquellos legítimos descendientes de Lautaro y Tucapel, cuya raza y país cantó don Alonso y a quién casi exclusivamente deben su excesiva y poco merecida fama?

Española o indígena ciertamente (al albedrío de la Península o de Arauco), pero criolla, es decir, *chilena*, a duras penas, la cuestión podría, sin embargo, ser todavía un tanto debatida, si los españoles, a última hora, no hubiesen desenterrado las cenizas del inspirado bate castellano de la ciudad de Ocaña donde falleciera (y donde por no saberlo imagina el autor que analizamos se hallan todavía sepultadas) para tras-

ladarlas a Madrid, donde en un templo consagrado exclusivamente a los *grandes hombres españoles*, las viéramos en Noviembre de 1870 dentro de un microscópico ataúd entre los de Quevedo y Calderón.

Queda notificado, por tanto, el crítico chileno de las responsabilidades que le impone su valeroso intento de nacionalización y enfrente él por su sola cuenta el alboroto que los modernos escritores españoles suelen levantar por cuestiones caseras, y hasta de punto y coma con nosotros.

Por esto y otras consideraciones de decoro literario no nos parece a nosotros, entre tanto, del todo justa la aprobación del calificativo de *chilena*, a la mejor y más renombrada parte de la literatura y de la *poesía de nuestro coloniaje*; y habría sido tal vez suficiente decir sencillamente lo último para evitarnos controversias o el apodo de usurpadores o vanagloriosos de lo ajeno.

Discurriendo bajo el imperio de estas impresiones, no nos permitimos mencionar siquiera, como poema nacional, la continuación genuinamente madrileña de la desgraciada continuación de los cantos del ilustre cantabro por su raquíptico copista Diego Santiestevan Ossorio, si bien los españoles no tendrían tal vez dificultad para darnos como regalo el último. Por manera, que aquí sólo mencionamos el título de ese poema, por más que nuestro autor haya consagrado, conforme a su plan general, muy buenas páginas a este mal libro.

Aparte, pues, de esta consideración, o más bien, de estos escrúpulos de portada, nos complacemos en reconocer que el escritor chileno ha tratado la exposición y desarrollo, el argumento y el mérito intrínseco y literario de cada uno de aquellos poemas con un talento indisputable y con un estudio y madurez igual a la manifestación fácil y brillante de su ingenio. No excusa ningún detalle, porque no se ha evitado la fatiga de ninguna investigación. Razona con abundancia, porque ha estudiado sin pereza. Retrata y comprueba hechos dudosos o poco esclarecidos, afirma y rectifica nombres y fechas, da dictámenes sobre accesorios o juzga a fondo sobre los caracteres y las situaciones, porque el autor, para escribir sobre la poesía del coloniaje, ha comprendido con laudable sagacidad (no imitada por todos y en especial por la gente novel y presuntuosa de nuestra milicia literaria), que para escribir sobre los versos de épocas ya remotas, es preciso, a fin de acertar, escurriñar a fondo su historia, su sociabilidad, sus corrientes domi-

nantes y hasta la crónica casera y la vida íntima, así de los cantores como de sus héroes, supuestos o verdaderos.

El autor que analizamos ha tenido, a nuestro juicio, un mérito más que debemos tomar en cuenta. Ha sido consultivo y humilde, gran dote de toda inteligencia que comienza a remontar el vuelo, porque en todas los pasajes de su texto y de sus notas se descubre que ha andado siempre infatigable y presuroso a caza de noticias, como los viandantes soldados de la nueva orden que ha creado la prensa moderna bajo el nombre menoscabado en Chile, pero engrandecido y aún glorificado en Estados Unidos y en Europa de—«cronistas»,—esos caballeros andantes (pero a pie) de la prosaica era en que vivimos. Junto con esto, el mérito del crítico se enaltece con la justa y franca alabanza y clara gratitud que muestra a los que le han guiado con cariño en esta primera y áspera peregrinación de la vida, cuáles han sido, por lo que se colige, los señores Barros Arana y Amunátegui, no sólo maestros sino amigos generosos de la juventud que hoy se forma en los colegios o al pie de las mecánicas de nuestras ingratas prensas literarias.

Hemos enumerado rápidamente, señor Decano, las condiciones, a nuestro juicio más salientes del estudio de que damos cuenta, y esas mismas observaciones generales podrían aplicarse sin injusticia a cada uno de los capítulos en que el autor divide su ensayo, dedicando por lo común uno o dos de aquellos a cada uno de los poemas que dejamos ya nombrados.

No podríamos, empero, en un informe como el presente, entrar en el detalle del análisis de cada una de las obras que el crítico recorre, porque en ello no haríamos sino reproducir en miniatura su propio plan. Nos limitamos, por tanto, a decir que el juicio, la exposición, el análisis y la apreciación literaria de cada uno de los poemas mencionados, y que forma la mitad por mucho de lo más interesante de la obra, corresponde a los conceptos genéricos que hemos emitido sobre el conjunto de ella.

Algunas breves observaciones de detalle podríamos hacer empero, al pasar sobre ciertas omisiones del autor cuando ha copiado con lozana y nutrida abundancia algunos de los más bellos y valientes cuadros de *La Araucana*, porque hemos echado de ver que no reproduce, por ejemplo, la descripción del caballo de Villagrán en la batalla y derrota de la cuesta de Andalicán, que se ha considerado como uno de los más acabados trozos de literatura descriptiva, ni la no menos famosa impre-

cación de la mujer de Caupolicán, que desde la niñez nuestros maestros nos enseñaban a recitar, por su virilidad, su arranque y su fuego inimitables. Mas son éstos tópicos de simple apreciación literaria, pues abundan de tal manera en *La Araucana*, poema eminentemente descriptivo, los trozos notables y hermosos de ese género de literatura, que el autor ha podido escoger sin escrúpulo, dejando a un lado lo bueno por lo que le parecía superior.

Otro tanto podemos decir del estilo del escritor chileno a que consagramos estas pocas líneas de justicia, que no de elogio, porque si bien fuera lícito aplicarle sin jactancia lo que el ilustre Bello decía de Ercilla, que el suyo «es llano, templado y natural», adolecía sin embargo, en parte de los defectos propios de las plumas poco ejercitadas, o lo que es más cierto, de los vaivenes que siguen siempre, en la inspiración como en el torrente, a las naturalezas organizadas para verter con vigor y espontaneidad las formas del pensamiento, tan diversas y variadas como los prismas de la luz. Así, por ejemplo, encontramos en el trabajo crítico que lleva la firma o contraseña del solitario de Juan Fernández, frases como ésta, que podrían pulirse fácilmente todavía entre los fierros de las prensas, al salir a luz, *los recursos a que ocurre*. O esta otra de mucho peor construcción gramatical: «Sintió el poeta en su interior que esos guerreros toscos pero valientes y esforzados, *no era fácil reducirlos*».

Pero ya lo hemos dicho: eso que así suena mal al seco oído del gramático (a cuyo gremio no tenemos la honra de pertenecer), son conceptos, que como los guijarros que el torrente arrastra, dan a éste sonoridad y espuma. Las acequias de regadío que derraman sus gredosas corrientes en la llanura, se deslizan, al contrario, mudas, si bien han sido prolijamente tiradas a cordel en sus cuarteles. Mas, tratándose del estro poético o de sus críticos, nosotros estamos por el torrente que habla o que brama, con preferencia al canal prosaico que sólo riega o forma charcos en campos o caminos.

En algo se ha mostrado, empero, deficiente el crítico nacional, no obstante su evidente y esforzada disposición para el trabajo, y es en la investigación e influjo extranjero del «Homero español», porque, o no cabía en su propósito dar acogida a ese tema, o se ha contentado con el estudio españolísimo, y por lo tanto exclusivo e incompleto, que de *La Araucana* hizo en 1866 Ferrer del Río en la edición que de ella dispuso

la Academia española y a la cual consagró en 1873 un buen artículo el más profundo de nuestros eruditos, Diego Barros Arana.

Se ha contentado, por tanto, el investigador chileno con mencionar la impresión que *La Araucana* hizo en Voltaire y con citar como de paso algunos juicios de M. Quinet y Ozanan. Pero nada nos dice, ni de la traducción incompleta que del poema castellano hizo en 1824 a la lengua francesa Gilibert de Merhiac, ni de la mucho más extensa y razonada que en ese mismo idioma, pero en prosa, dió a luz cuatro años después de Ferrer del Río el profesor de la Universidad de Rennes, M. Alejandro Nicolas, en 1870: obra considerable, de la cual alguna cuenta dimos nosotros en ese propio año.

No menciona tampoco la traducción alemana de Winterling ni las apreciaciones de Bouterwerk, el más severo de los comentadores de *La Araucana*, cuyas opiniones copió servilmente en su texto literario Jil y Zárate.

Bouterwerck, como Martínez de la Rosa, el mismo Ferrer del Río y nuestro autor, entran en la ociosa discusión de si *La Araucana* fué o nó un poema épico, como si un nombre, una regla o una definición de retórica pudieran más que el hecho, el genio, el esplendor y la fama misma popular de la epopeya, que es, al menos, a nuestro juicio, lo que constituye la epopeya misma. De acuerdo en esto con nosotros los literatos ingleses, han dado al poema español que Voltaire comparó a la *Iliada*, su verdadera significación y nombre, como al *Paraíso Perdido* de Milton, si bien aquél carece del héroe principal requerido por el fastidioso rigor épico. Por esto los críticos ingleses no han vacilado en reconocer un verdadero poema en *La Araucana*, ni en colocar a Ercilla, por su admirable poder narrativo, al lado del Ariosto.

Sobre todo esto, que no es ciertamente nuevo, pero sí desconocido entre nosotros, habría podido quizás el autor chileno añadir un quinto e interesante capítulo a los cuatro que consagra al examen del poema de Arauco, y así habría tenido también ocasión de compulsar algunas de las entretenidas fruslerías y curiosos errores de concepto en que han incurrido algunos escritores extranjeros, como aquéllo que asegura Larousse, de que la primera parte de *La Araucana* fué escrita *sur des petits morceaux de cuir qui il (Ercilla) eut en suite beaucoup de peine a coordonner...*

En alguno de los pasajes de la biografía del poeta, estracada de la de Ferrer del Río, no acierta tampoco el autor chi-

leno a darse cuenta cabal de ciertos misterios de la vida de Ercilla, cual era el poco aprecio o concepto que de su persona hacía Felipe II, a pesar de haber sido su paje en su mocedad, y esto parece en gran manera dependía de un rasgo, a la primera vista increíble del carácter de uno de los más atrevidos soldados y poetas épicos del siglo XVI, cual era su excesiva timidez y sonrojo, al punto de que cuando el cantor de Lautaro hablaba con el monarca español, poníase a tartamudear. Por esto el terco flamenco solía decir al poeta mal cortesano: *Habládmeme por escrito don Alonso*.

No hacemos por esto impugnación de ningún género al libro sobre que abrimos juicio, porque ni es culpa grave una omisión, ni es fuerza para que tenga cumplido mérito un trabajo literario el que ha de abarcar su tema bajo todas sus fases.

Con lo que ha hecho el investigador nacional sobre *La Araucana*, basta y sobra para tener merecido el premio a que hoy aspira.

El estudio más interesante, más nuevo y original del autor de la *Literatura chilena durante el coloniaje*, es, sin embargo, el que se refiere a un poema inédito hasta hoy, a pesar de su considerable mérito, y que se ocupa con especialidad, en once cantos y más de ocho mil versos, en contar las hazañas del toqui general Peantaro, después de la sorpresa de Curalaba, en que el sobrino de San Ignacio de Loyola perdió, junto con el Gobierno de Chile, la vida.

El crítico chileno, tomando pie de un solo nombre recordado al acaso en las estrofas póstumas de Alvarez de Toledo en su *Purén indómito*, atribuye, con bien hallado ingenio, aquel notable poema a don Juan de Mendoza, soldado y patricio de aquel tiempo. Las inducciones del crítico nos parecen tan bien llevadas, que se acercan a la certidumbre y llegan hasta formar cierta convicción de que ha logrado la fortuna, tan envidiada por las gentes de letras, polemistas y pendercieras de suyo, de resolver uno de esos problemas que, como en el caso ya antiguo y aún no dirimido de Le-Sage y del padre Isla, o el más reciente de la famosa oda atribuída a Rioja sobre las ruinas de Itálica, suelen ser un quebradero de cabeza o igual o mayor que el de la cuadratura del círculo o el movimiento perpetuo.

Para nosotros la inducción del investigador nacional está todavía robustecida por una condición de raza o de familia que él no menciona, cual es la de que todos los Mendoza, o

por lo menos, los *Hurtado de Mendoza*, que hubo en Chile, que fueron muchos, y en especial el muy conocido tesorero don Jerónimo de Mendoza, que figuró bajo el gobierno de don Juan Henríquez (1660), era poeta.

Y a este propósito, o hemos leído muy de carrera la última parte de la crítica de la *Literatura del coloniaje*, relativa a los poetas sueltos o menudos, cual se estila decir hoy en día, o es lástima que no haya venido a las manos del prolijo investigador ni una sola de las sátiras y endechas, citadas con elogio por algunos cronistas, del famoso don Jerónimo, ya citado, que fué a la vez tesorero y poeta, condiciones humanas que rara vez andan juntas, y si de continuo reñidas y divorciadas.

Menciona también el autor chileno otro poeta, que, aunque nacido en Madrid, puede considerarse tan nacional como el angolino Pedro de Oña, puesto que, a diferencia de Alonso de Ercilla, vivió cuarenta años y aún murió en Santiago de Chile, ciudad que el último ni divisó ni mencionó siquiera en sus octavas reales. Nos referimos al buen caballero y mal poeta don Melchor Jofré del Aguila, que publicó en Lima su *Compendio historial de los más principales sucesos de la conquista del reino de Chile* en 1630, cuya obra se ha hecho tan escasa que puede considerarse hoy como inédita. El crítico isleño supone que el autor de aquella debió volver a España o por lo menos a Lima y que en consecuencia murió fuera de Chile, donde había pasado su vejez «viviendo de ordinario en campesina y ociosa soledad». Pero nosotros nos inclinábamos a creer que si don Melchor Jofré de Aguila pasó en los últimos años de su vida a Lima para dar a la estampa su libro, afán tan serio entonces casi como es el de morir en los presentes tiempos, no por esto dejó de regresar a su «campesina y ociosa soledad», porque hemos entendido que ésa no era otra que la pintoresca hacienda de «Lo de Aguila», situada en la Angostura de Paine, donde aquel conquistador fastuoso fundó un mayorazgo, así como en un trozo de tiendas de comercio de la calle de Huérfanos, que era tal vez su casa habitación, al costado de la de su contemporáneo don Gaspar de Ahumada, calle de este nombre de por medio.

El punto por lo demás, fuera de ser nimio, podría fácilmente esclarecerse consultando los papeles de la familia Herrera-Martínez, actual poseedora del mayorazgo fundado en Lo de Aguila por el poeta hacendado Melchor Jofré del Aguila, o «de lo de Aguila».

En cuanto a los poetas medianos y aún ínfimos de que da también prolija cuenta el paciente investigador literario, que nos ha puesto esta vez la pluma en la mano, tales como los frailes Lope (dominicano) y Escudero (franciscano), el capitán Mujica, y otros de menor nombre o anónimos, tenemos ya dicho que, como sobre cosa menuda, en comparación con los grandes temas anteriores, hemos pasado la vista con la rapidez del juez que ya ha formado su conciencia sobre la mejor y más considerable parte del cuerpo de autos. Únicamente se nos ocurre preguntar al crítico cuya pulcritud es irreprochable y que a la vez ha desdeñado por completo al famoso padre «Precioso», si al proceder así ha sido arrastrado por su misma pulcritud, o porque no ha conocido siquiera alguna de las muchas grotescas producciones que se le atribuyen? Si sólo fuese por la última razón, nosotros no nos atreveríamos a ejercitar el mismo criterio del autor, porque en el análisis de una época, para ser completamente exactos e imparciales, hácese forzoso en muchos casos ser implacables; y así como el escalpelo rompe, en la autopsia científica y provechosa del cadáver, miembros del organismo que se consideran como innobles, así el escalpelo de la crítica debe extraer de las entrañas de la era que investiga todas las víceras que la forman, sean las delicadas y susceptibles del cerebro, sean los groseros tejidos del abdomen, que contribuyen tan esencialmente como aquél a la vitalidad de los seres.

Respecto del capitán don Lorenzo Mujica, nos parece extraño también que el explorador chileno no cite una sola octava o décima del hermano de aquél, don Bartolo Mujica, profesor y poeta latino, conocido antes de 1810, y quién, aún en la portada de su chácara de «lo Mujica», esculpió bajo del mojinete de su morada una oda de Horacio, legible todavía y cuya ortografía e idioma, inverosímil en los campos, causa la desesperación de todos los que, sabiendo leer el español, pasan por su puerta sin explicarse, a la par que nosotros discípulos de Horacio, lo que Horacio y don Bartolo quisieron decir.

Tal es, señor Decano, el juicio somero y rápido, expresado, empero, sin ambages ni estólicas rutinas que nos ha inspirado el interesante y considerable ensayo literario que hemos estudiado durante unas pocas horas, y salvo algunas observaciones de poca entidad, ninguna de las cuales, ni su conjunto, alcanzan a formar un defecto capital en su concepción, en su plan,

en su ejecución y en su estilo, nos es grato repetir a la Facultad, que, en nuestro humilde concepto, no sólo es digno del premio acordado para el certamen de 1876, objeto primordial del presente informe, sino que creemos que la Universidad haría un verdadero servicio a las letras nacionales y ofrecería un estímulo generoso y harto necesitado a la juventud que ama los estudios de largo y mal pagado aliento, si dispusiera por su cuenta la impresión íntegra de la obra y en una edición digna de ella.

Con este motivo, y dejando contestada la distinguida nota de que he hablado, tengo el honor, señor Decano, de ofrecer a Ud. mis más atentas consideraciones de respeto.—*Benjamín Vicuña Mackenna.*

SEÑOR DECANO:

He examinado con la correspondiente detención la única obra presentada al certamen que la Facultad de Filosofía y Humanidades abrió en el año de 1876.

Esa obra lleva por título: «*Estudios sobre la literatura chilena del coloniaje (1541-1810). Parte primera, poesía, por Robinson Crusoe*».

La simple lectura del título que acabo de copiar manifiesta que la obra mencionada se halla incompleta, y que su autor no ha alcanzado a desempeñar todo el tema señalado.

Sin embargo, la obra contiene tanta copia de noticias interesantes, y juzga con tan buen criterio las materias de que trata, que, en concepto del infrascrito, la Facultad haría un acto de justicia discerniendo el premio a la persona que se ha ocultado bajo el seudónimo de *Robinson Crusoe*.

Después del extenso y luminoso informe de mi colega don Benjamín Vicuña Mackenna, considero excusado entrar por mi parte en un prolijo análisis de una composición que revela en su autor grande erudición y una sana crítica.

Santiago, Julio 23 de 1877.—*Gregorio Víctor Amunátegui.*—
Al señor Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades.